

Memorias de una adolescente

Aurèlia Moyà-Freire, Ma vie en France. Cahier d'exil d'une adolescente espagnole (1939-1943). Avant-propos, appareil critique et postface de Rose Duroux, Célia Keren et Danielle Corrado. Toulouse, Presses Universitaires du Midi-Université Toulouse Jean Jaurès (Hespérides), 2017, 111 pp.

En *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio (1938-1944)*, libro publicado en 2015 de cuya aparición dimos cuenta en el número 19 de esta revista, Conxita Simarro dejó constancia de su visión de la contienda, como lo hicieron también Encarnació Martorell i Gil en *Con ojos de niña. Un diario de la Guerra Civil española* (2009); José Luis Barceló en *Madrid 1938: Diario de un niño en guerra* (2012), y Pilar Duaygües en *Querido diario: hoy ha empezado la guerra* (2017): los textos autobiográficos escritos por adolescentes durante el conflicto que, según nos consta, se han divulgado hasta la fecha.

El diario de Conxita Simarro incluye también los pormenores de la experiencia vivida por la joven tras su salida de España –primero en Francia y después en México–, un contenido de gran valor historiográfico que lo convirtió en el momento de su aparición en un documento único, pues hasta entonces no se había publicado

ningún otro texto redactado por un menor en el que este explicara en primera persona cómo había transcurrido su vida en el exilio. Ese fue precisamente el objetivo que llevó a Aurèlia Moyà Canals, joven nacida en 1925 en una pequeña localidad de la provincia de Lleida, a empezar a escribir, algunos meses después de cruzar la frontera francesa, *Ma vie en France*, relato de sus vivencias “depuis la fin de la guerre espagnole”, según consignó en la primera página de su cuaderno –cuya fotografía se reproduce, junto a otras imágenes, dibujos y documentos, en el volumen–, donde anotó asimismo que se trataba de un “cahier de memoires”. La adscripción a ese género de las denominadas escrituras del yo –el más cultivado durante el exilio republicano de 1939–, realizada en ocasiones de forma poco rigurosa por parte de algunas casas editoras, no puede resultar más acertada en este caso, a pesar de la paradoja que entraña su uso por parte de una adolescente, como advierten Rose Duroux y Danielle Corrado –de la Université Clermont-Auvergne– y Célia Keren –del Sciences Po Toulouse–, a quienes se debe la edición anotada del texto, el prefacio y el epílogo del libro, extenso y sólido estudio este último en el que analizan tanto el contenido como los principales aspectos formales de este importante egodocumento.

A pesar de las similitudes con el género del diario íntimo de adolescencia que presenta, *Ma vie en France* no es ni un diario propiamente dicho ni un texto creado para



acoger confidencias o confesiones personales. Lo advierten muy acertadamente Duroux, Corrado y Keren, para quienes el uso de la primera persona, la utilización del clásico cuaderno escolar y, sobre todo, el hecho de que muchas de las entradas vayan encabezadas por una fecha no resultan tan determinantes a la hora de tipificar la obra como lo es el que se trate de una narración retrospectiva que la joven Aurèlia decidió escribir en francés cuando su conocimiento de esta lengua –que había empezado a aprender en la escuela de su pueblo natal– le permitió expresar, aunque cometiera algunos lógicos errores, lo que deseaba consignar.

Las reflexiones, los comentarios y las rectificaciones que lleva a cabo en el curso de una redacción de carácter fundamentalmente evocativo son a todas luces incompatibles con la esencia del diario, término al que no alude en ningún momento la adolescente porque no es ese el tipo de texto –del que no posee modelo alguno– que pretende escribir. Ajena a sus principales características, Aurèlia utiliza tanto el tiempo presente como el pretérito, y rotula algunos de los apartados del texto con una fecha que no se corresponde con el momento de la escritura, sino con el de los hechos que se cuentan en ellos, lo que, en opinión de Duroux, Keren y Corrado, lo aleja del diario tanto como lo aproxima al género de la crónica (p. 74). Y es que la muchacha redacta su cuaderno guiada por su propia intuición y por los rasgos propios de las diferentes tipologías textuales practi-

cadas en la escuela –a las que remite cierta voluntad de estilo perceptible en algunos pasajes–, e influida tal vez también por la lectura del *Lazarillo de Tormes*, único relato de vida escrito en primera persona al que, según aseguran las editoras de *Ma vie en Francia*, había podido tener acceso (p. 79). Quizá a su ejemplo –únicamente por lo que se refiere al hecho de que la novela fuera ideada como una carta dirigida a un desconocido interlocutor al que Lázaro denomina “Vuestra Merced”– se deban las constantes menciones a un receptor colectivo que contiene la obra –“À ce moment, mon regard fut attiré par un groupe de ces garçons dont je vous ai déjà parlé”, escribe, por ejemplo, al aludir a sus vivencias del 3 de febrero de 1939 (p. 17)–, un receptor plural –los virtuales lectores del texto– al que también se dirigieron en sus memorias otros escritores del exilio republicano de 1939, como lo hizo reiteradamente María Teresa León en *Memoria de la melancolía*.

Las memorias de Aurèlia Moyà Canals –publicadas con su primer apellido unido al de su esposo, Moyà-Freire– apenas contienen, precisamente por serlo, anotaciones sobre su estado de ánimo. La joven no alude a sus emociones personales, sino a aquellas que comparte con sus familiares y compañeros de destierro. Como sucede en todo escrito en primera persona –recuerdan las editoras–, el *yo* proporciona cohesión al texto, pero dicho pronombre se muestra aquí en continua competencia con el *nosotros*, ampliamente utilizado (p. 80).

Por ello, como señalan asimismo Duroux, Keren y Corrado, una de las principales aportaciones de la obra se deriva de la habilidad que muestra su autora a la hora de relacionar constantemente las dimensiones objetivas y subjetivas de la vida de los refugiados, propósito que alcanza cruzando en todo momento los ángulos de observación grupal, familiar y personal (p. 99).

Aunque Aurèlia empezó a escribir su cuaderno en septiembre de 1939, el alcance temporal del mismo abarca desde el 1 de febrero de ese mismo año –cuando cruzó la frontera francesa junto a su familia– hasta un momento indeterminado de 1943, año al que alude ya muy someramente en las últimas páginas, antes de finalizar su escritura con un “à suivre” (p. 67) con el que la muchacha dio paso –advierten las editoras del texto– a una segunda libreta que no ha podido ser localizada. En el relato de los cuatro primeros años de su vida en el país vecino, marcados por los continuos desplazamientos de los que da cuenta en los títulos de algunos de los apartados del cuaderno, pueden observarse dos etapas claramente diferenciadas. En la primera, que se extiende hasta febrero de 1940 y transcurre prácticamente en su totalidad en distintas localidades del departamento de la Haute-Saône, el grupo familiar de Aurèlia está integrado únicamente por mujeres y niños –su madre, su hermana y su hermano, sus tías y sus primos–, puesto que su padre y su tío, como todos los hombres en edad militar, tuvieron que es-

perar unos días en España hasta que se les autorizó a cruzar la frontera. Consciente de la situación –el inicio de su exilio y la ausencia del cabeza de familia–, escribe el 2 de febrero de 1939: “Ahora es Francia la que se ocupa de nosotros” (p. 15). Tras ser conducidos en tren hasta Lure, se instalan en un pueblo cercano, Plancher-Bas, donde transcurren los primeros meses de su estancia en el país. Allí, Aurèlia, su hermana y sus primos son acogidos por distintas familias francesas, con cuyos hijos acuden a la escuela, realizan excursiones y juegos, y participan en la celebración de la fiesta nacional. Bien alimentada y protegida de las bajas temperaturas invernales gracias a los cuidados de su familia francesa –que le permite pasar algunas horas del día con la suya propia–, Aurèlia lleva en Plancher-Bas una vida apacible. Me esfuerzo en aprender francés, escribe el 21 de julio de 1939. Ya que la guerra ha destruido todos mis proyectos de futuro, aprovecharé para aprender aquí todo lo que pueda porque quizá me sirva más tarde, añade (p. 36). A finales de agosto la familia Moyà es trasladada a la localidad de Amblans, muy cerca de Plancher-Bas, donde permanece un mes junto a numerosos refugiados españoles, con los que, iniciada ya la Segunda Guerra Mundial, llegará al campo de Miellin. Allí, alojados en una fábrica abandonada, más de quinientos españoles viven en condiciones de completo aislamiento: se prohíbe la entrada al recinto a personas ajenas al mismo por riesgo de contagio, así como la sa-



lida de los internos, a los que unos carteles les advierten de que el incumplimiento de dicha norma será castigado con la alimentación a base de pan y agua durante un día (p. 41). Es entonces cuando Aurèlia, que alude reiteradamente al frío y al hambre que padecen, inicia la escritura de su cuaderno. El fin de esta primera etapa del exilio de la adolescente y de los suyos llegará en el mes de febrero de 1940, cuando, reclamados por el cabeza de familia, emprenden de nuevo el viaje para reunirse con él. Sebastián Moyà y Antonio, tío de Aurèlia, que habían estado unos días en el campo de Argelès-sur-Mer tras pasar la frontera francesa, habían permanecido durante meses recluidos en el de Bram, del que habían logrado salir para trabajar en Normandía.

En dicha región transcurre la segunda etapa del exilio de Aurèlia narrada en *Ma vie en France*. La familia, ya al completo, se instala en una granja de Hérouvillette, desde donde se trasladan a trabajar –también Aurèlia– a una fábrica de hilatura de lino situada en Cuverville. La explotación a la que son sometidos por el dueño –que les obliga a trabajar también en el campo, y les escamotea semana tras semana el sueldo acordado– y el robo de sus enseres, perpetrado durante el breve periodo de tiempo en el que –tras la llegada de los alemanes a París– abandonan la localidad para refugiarse en una pequeña casa de Aunay-sur-Odon, a unos cincuenta kilómetros, los obliga a marcharse voluntariamente a Sées, donde el Gobierno francés estaba agrupando a

todos los españoles residentes en el departamento de Calvados. Allí, Aurèlia experimenta de nuevo, como ella misma reconoce, lo que es un campo de refugiados. Es entonces cuando tramitan los papeles para viajar a México, aunque la alegría por haber recibido la autorización, fechada por la legación diplomática de ese país en diciembre de 1941, se esfuma pronto: los viajes a América quedan suspendidos a causa de la guerra. En febrero de 1941 la familia fija su residencia en Le Merlerault, donde los hombres trabajan, junto a otros españoles, como leñadores. De nuevo la explotación a la que son sometidos les obliga a mudarse. Lo hacen entonces a Saint-Evroult-Notre-Dame-du-Bois, pequeño enclave en el que continúan realizando labores relacionadas con la madera, pero ahora bajo la supervisión de un español. Viven aislados en el bosque, donde ocupan una barraca habitada por diez personas. Aurèlia, que asiste a la escuela por la mañana y por la tarde, consigue obtener su certificado de estudios. En julio de 1942 la muchacha se traslada a vivir a casa de su maestra, para la que trabajará desde entonces realizando tareas domésticas y sacando el ganado a pastar –ya no les tengo miedo a las cabras, escribe; al contrario, me gusta ver cómo se suben con confianza a mi espalda (p. 63)–. Por las tardes continúa su formación con su maestra. A lo largo de 1943 Aurèlia abandona dicha ocupación y regresa a la vivienda familiar, pero no ofrece más información al respecto. El cuaderno concluye tras anotar

algunos comentarios acerca de la marcha de la contienda mundial.

Como Aurèlia escribe en febrero de 1941, cuando se propone hacer balance de los dos primeros años de su destierro, en ese tiempo, su vida y la de su familia está presidida por los movimientos constantes, a veces como refugiados y a veces como trabajadores (p. 58). Duroux, Keren y Corrado advierten, a este propósito, que los Moyà experimentan todas las posibilidades previstas en el dispositivo de acogida y de posterior integración de los refugiados republicanos en Francia, pero de forma desordenada e ilógica (pp. 93-94), en parte a causa de la influencia que tuvo en su situación el estallido y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, y en parte también debido al desigual comportamiento que tuvieron con ellos los ciudadanos franceses con los que mantuvieron distintos tipos de relación, desde la amistad que acabaron trabando con las familias de Plancher-Bas al vínculo laboral fundamentado en la explotación que establecieron posteriormente en distintas localidades del país. Por ello, el testimonio de Aurèlia supera con creces los relatos sobre su paso por Francia que nos han legado algunas escritoras que permanecieron en el país durante un breve periodo de tiempo antes de viajar a México –Silvia Mistral en *Éxodo. Diario de una refugiada española*; Luisa Carnés en *De Barcelona a la Bretaña francesa*, o Mada Carreño en *Los diablos sueltos*– o de regresar a España –Cristina Martín (Gabriel Paz) en

Éxodo de los republicanos españoles–, lo que le confiere todavía mayor relevancia a su testimonio.

Como todos los que padecieron esa traumática experiencia, Aurèlia recuerda una y otra vez en *Ma vie en France* el paso de la frontera, vivencia con la que se inicia la narración y de la que ofrece nuevos recuerdos cuando refiere la conversación que mantuvo a este propósito con su familia francesa –que es como denomina a quienes la acogen en Plancher-Bas– o cuando se cumplen dos años de la visión de unas imágenes que, como ella misma reconoce, no se desvanecerán jamás de su memoria (p. 29). También resultan recurrentes, como no podría ser de otro modo, las evocaciones de España que se incluyen en el libro. La muchacha refiere las noticias que les llegan desde la patria perdida, por las que tienen conocimiento del alcance de la represión franquista, de la que son víctimas miembros de su familia o seres queridos de los refugiados con los que conviven en Francia. Por las cartas que recibe sabe también del hambre y de la miseria en las que viven. Mis familiares, escribe en 1940, poco después de reunirse con su padre e instalarse en Hérouvillette, son más desgraciados que nosotros (p. 48). Sin embargo, la idea del regreso no la abandona nunca. A mediados de 1939, cuando lo hace su tía Rosa, que se marcha de Francia para reunirse con su marido en España, Aurèlia reflexiona sobre lo que significa la vuelta: abrazar a los suyos, ver la tierra natal, ¡qué alegría!, es-



cribe (p. 35). Consciente de que el regreso es por el momento cuanto menos difícil, no pierde la esperanza de alcanzarlo algún día, pero a menudo la invade la nostalgia, sentimiento que mitiga cantando canciones de España, como lo hacen en el campo de Miellin, donde, rodeada de españoles, tiene la extraña impresión de volver a estar en su país (p. 38). Andando el tiempo, la añoranza le resulta insufrible. El recuerdo de España, escribe en septiembre de 1942, permanece en su mente como algo insuperable. Siente que no tendrá jamás fuerza suficiente para vencerlo, añade (p. 64). Lo mismo le sucede a su familia, que contempla los mapas que cuelgan de las paredes de la humilde cabaña en la que viven en Saint-Évroult-Notre-Dame-du-Bois para comprender el desarrollo de la contienda mundial. En ellos, la imagen de España se les aparece tan atrayente que cautiva sus miradas. Al observarla son incapaces de hablar, pero unas lágrimas indiscretas arrasan sus ojos (p. 66). Aurèlia parece recobrar la esperanza cuando repara en los sacrificios realizados hasta la fecha por tantos y tantos españoles, cuando imagina una España libre, una España que lograrán construir sus verdaderos hijos, los que han dado su vida por ella, los que, no queriendo verla oprimida, se encuentran en todos los rincones de Francia, encerrados como si fueran asesinos. Son, como ella, exiliados, una condición de la que la muchacha es plenamente consciente. Desde ayer, escribe en alusión al 2 de febrero de 1939,

no somos otra cosa que emigrados (p. 15). Sabe lo que significa ser un refugiado, por lo que, cuando residen en Normandía, ella y los suyos acogen cada noche a una cincuentena de belgas y de franceses que huyen de los alemanes (p. 50). Pero los términos que emplea más frecuentemente para referirse a su situación y a ella misma y a sus compatriotas son *exilio* y *exiliados*, uso sobre el que Duroux, Keren y Corrado realizan un interesante análisis en el epílogo del volumen (pp. 84-89) que puede ponerse en relación con el que, por lo que se refiere al español, hemos divulgado en *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, volumen coordinado por Mari Paz Balibrea que ha visto la luz en 2017.

Las editoras de *Ma vie en France*, que han tenido en cuenta para la elaboración de su trabajo el contenido de las entrevistas que le realizaron a Aurèlia Moyà entre 2011 y 2014, también han reparado en la moderación con la que la joven describe las condiciones de vida que tuvieron que soportar en Miellin. Aunque aprende que en todas partes hay buenas y malas personas (p. 52), Aurèlia denuncia raramente la actitud de los franceses hacia los refugiados españoles, en tanto que sí ofrece continuos ejemplos de su generosidad (p. 100), altruismo al que desea corresponder del mismo modo en que lo expresa su padre en una de las cartas que le envía a su familia: trabajando por Francia (p. 33).

Así lo hizo durante muchos años, pues no regresó jamás. Llegada la jubilación, Aurèlia Moyà escribió unas memorias que fueron publicadas en catalán, en edición de la autora, con el título *Vinc d'Arbeca. Una infantesa travessada per la guerra i l'exili* (Tàrraga, 2014). Rose Duroux, Célia Keren y Danielle Corrado también han utilizado el contenido de la versión francesa de dichas memorias, que permanece inédita, como lo está asimismo el cuaderno que Aurèlia empezó a escribir en español a su llegada al campo de Sées en noviembre de 1940, una traducción del original francés que incluye algunas fechas y fragmentos que han servido para completar la edición que aquí presentamos. *Ma vie en France* es, hoy por hoy, el único texto autobiográfico escrito por una adolescente española sobre los primeros años de su exilio en el país vecino. Se trata, además, de un documento excepcional por cuanto no fue redactado como un diario íntimo, género al que pertenece la práctica totalidad de los escritos autobiográficos compuestos por menores europeos durante el siglo XX, diarios del holocausto en su mayoría que comparten con *Ma vie en France* un importante valor historiográfico. Por ello es de esperar que estas memorias de una adolescente del exilio republicano de 1939 vean la luz en español tan pronto como sea posible.

FRANCISCA MONTIEL RAYO
GEXEL-CEDID
Universitat Autònoma de Barcelona

Las fuentes de la memoria: observando a Buñuel

La vida y la obra de Luis Buñuel (Calanda, 1900-México, D.F., 1983) viene siendo objeto de una inusitada atención por parte de los estudiosos en cuanto a la aparición de materiales inéditos y fuentes de documentación primarias, lo que ha venido en llamar el inicio de una nueva era en los estudios buñuelianos, que el investigador Javier Herrera denomina de “*desmitificación documental*”, una época “*tendente a dar a conocer los documentos originales de cualquier índole a partir de los cuales poder realizar los análisis e interpretaciones pertinentes sobre bases más sólidas que las elucubraciones subjetivas del amigo, crítico, admirador o del académico de turno que han sido las dominantes hasta el momento*”.

En ese sentido, se publica el magnífico y monumental rescate epistolar de Jo Evans y Breixo Viejo: *Luis Buñuel-Correspondencia escogida / A life in Letters*, en su versión inglesa, más atrayente que su lacónico título en español, así como un manuscrito inédito de Carlos Fuentes (Panamá, 1928-México, D.F. 2012), acompañado de un epistolario Buñuel-Fuentes, que ha visto la luz gracias a la búsqueda e investigación de Javier Herrera en el legado del novelista mexicano.

Completando estas dos importantes fuentes documentales, aparece un atractivo monográfico sobre “*Buñuel en México*”,